

El Amor Restaurador de Cristo por Pedro

Un sermón basado en Juan 21:15-17

Por Rev. F. Bakker (sermón 170b)

Lectura Bíblica: Juan 21

Salterio 140: 1, 2, 4

339: 1, 2, 3

203: 3, 4, 5

110:1, 2, 3

Queridos amigos, ya hacen algunas semanas que hemos conmemorado la Pascua. Ese milagro fue tan grande, de modo que aun los amigos de Cristo no lo podían creer. Las mujeres buscaban al Cristo muerto con sus especias; los viajeros a Emaús pensaban que ya todo se había acabado; y Tomás, el discípulo, insistía que no podía ser verdad que Cristo hubiera resucitado, a pesar de que algunos de Sus discípulos Lo habían visto.

Sin embargo, El Señor se quedó en la tierra por cuarenta días más para convencer a Su Iglesia que verdaderamente Él había resucitado, y para consolar a los Suyos con esta resurrección. No obstante, durante aquellos cuarenta días Cristo nunca apareció a Sus enemigos. Él habría podido hacerlo. Cristo habría podido mostrarse a Caifás y a Herodes; habría podido aparecer ante los ojos de los fariseos y el pueblo judío, y a revelarse así, habría demostrado que de verdad Él era el Hijo de Dios. Sin embargo, no hizo nada de eso, pues el secreto de la salvación sólo se revela a los Suyos, según el Pacto soberano. Los que no amaban al Jesús en su estado de humillación tampoco podrían amarlo en el estado de Su exaltación. El Cristo Viviente no permitirá que Él se manifieste sin que primeramente se conozca en Su muerte. El que no ha sido humillado con Cristo tampoco puede ser exaltado con Él.

Es cierto que aun los seguidores de Cristo no comprendieron Su muerte. Pensaban que no era necesario que Él hubiera muerto, y por tanto ellos todavía no entendían qué tenía que suceder para la salvación de sus almas. No obstante, si bien el camino de la cruz era oscuro para ellos, y por más que se hayan ofendido en Él, nunca pudieron perder el amor que tenían por Él, ni siquiera Pedro, quien Lo había negado de una manera terrible, pudo dejar de amar a Jesús.

Pedro fue un objeto especial del amor de Cristo, y esto es el tema que vamos a tratar esta mañana con la ayuda de Dios. Las palabras de nuestro texto se encuentran en Juan 21, los versículos 15 hasta 17, donde leemos la Palabra de Dios así: *“Cuando hubieron comido, Jesús*

dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas". Este versículo habla acerca del

AMOR RESTAURADOR DE CRISTO POR PEDRO

Este amor se manifiesta en tres maneras:

- 1. Un examen triple;**
- 2. Una respuesta triple; y**
- 3. Una comisión triple.**

PRIMER PENSAMIENTO

En el mar de Tiberias hubo una comida maravillosa. Allí los discípulos comieron pan que no habían comprado, y comieron pescado que no habían atrapado. Todos los discípulos pudieron compartir este milagro. No obstante, a pesar de que todos comieron de este mismo milagro, cada uno de ellos necesitaba su propia admonición y su propio consuelo. El Señor trata con Su pueblo con si sólo tuviera un solo hijo.

Esto se manifestó después de que los discípulos comieron. El Señor tuvo que dirigirse a Pedro personalmente. Ustedes saben lo que había ocurrido: con un juramento, Pedro había negado al Señor, Quien nunca puede pasar por alto el pecado, tampoco el pecado de Su pueblo.

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” Es así, con el nombre Simón, que Pedro había conocido al Señor. Su hermano Andrés lo había llevado a conocerlo, y al primer encuentro, Jesús le había dicho: *“Tú eres Simón, hijo de Jonás: tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro)”* (Juan 1:42). El nombre “Pedro” significa “piedra”.

Sin embargo, ¡ay de Pedro! Otra vez ha caído a su nombre anterior; por causa de su caída, el Señor le llama “Simón” otra vez. Aquí Pedro también fue recordado de su origen: es decir, Pedro fue concebido y nació en pecado. Había caído con Adán en el Paraíso, como todos nosotros. Pero aún más, después de haber sido salvo por la gracia, Pedro había caído de nuevo, porque en el atrio de Caifás, Pedro había jurado que no conoció a Cristo, como si nunca hubiera pasado nada

en su vida espiritual. Ahí mismo Pedro había rechazado su nuevo nombre Pedro, como si estuviera despidiéndose de la obra de Dios en su alma.

No obstante, el Señor siempre volverá a Su propia obra. Aquí vemos la gran diferencia entre Pedro y Judas. No es que Pedro haya sido mejor que Judas; y seguramente Pedro consideró su propio pecado como igual de grave como el pecado de Judas. La única diferencia entre Pedro y Judas fue la obra de Dios en el corazón, y el amor de Dios que busca y sostiene a los Suyos.

Sobre todo en la vida de Pedro fue el amor de Dios. ¡Cuánto habría podido Cristo tratar a Pedro de una forma diferente de lo que hizo! Habría podido renunciarlo por completo, tal como Pedro había hecho a Cristo. Sin embargo, *no* leemos que Cristo dijera: “¿Así es contigo, Pedro? ¿Acaso no decías que estabas dispuesto a morir conmigo? Me has desilusionado mucho, Pedro, y por lo tanto te voy a despedir”. No, amigos, no leemos esto. Nosotros hubiéramos *esperado* eso, porque así habríamos actuado nosotros. El hombre busca la venganza, y es por lo tanto que las personas con los corazones endurecidos tienen duros pensamientos de Dios.

Sin embargo, Cristo sabía que ya no fue el momento propicio para recordarle a Pedro de su caída. El Señor sólo tenía una pregunta para Pedro; pero esta pregunta de Jesús hizo que Su hijo se entristeciera y se avergonzara mucho más que le habrían hecho mil palabras duras. La pregunta de Jesús a Pedro es una pregunta que penetra hasta el corazón. Oh amigos, el Señor no obra en la vida de Sus hijos con venganza, sino que los hace humillarse por el poder de Su amor.

“*Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?*” Con la palabra “*éstos*”, Cristo se refiere a los demás discípulos. Cristo le pregunta a Pedro si él Lo ama más que Lo aman los demás discípulos. Esta pregunta tenía su intención, pues de hecho Pedro a veces pensaba que él era mejor que los demás discípulos. ¿Acaso no dijo Pedro una vez: “*Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré*”? (Mat. 26:30). Oh, el orgulloso es tan peligroso, pero es un enemigo que siempre está presente, aun después de la conversión. El orgullo de Pedro causaba muchos problemas entre los discípulos, igual que el orgullo que causa tantos problemas entre los hijos de Dios. Es más, el orgullo nos quita la comunión con Dios. El orgullo es el resultado de un hijo de Dios que se ha olvidado de que no es más que un “Simón”, hijo de Jonás; es decir, no es más que un hijo de Adán. Cuando un pecador perdonado se olvida de su origen, luego llega a ser algo en sí mismo ante Dios y ante su prójimo. Oh Iglesia de Dios: ¡nunca se olvide de Su origen!

“*¿Me amas más que éstos?*” Ninguno de los otros discípulos había actuado como Pedro. Es cierto que *todos* se ofendieron por causa de Jesús, pero ninguno de los demás había caído tan

profundo como Pedro. Por esto, la pregunta que Jesús le hace es una pregunta dolorosa, y seguramente causa que su negación arda en su memoria. Esta pregunta hace que Pedro ya no se eleve a sí mismo por encima de los demás; más bien, la pregunta hace que Pedro se pregunte si alguna vez había amado a Cristo de verdad.

Pedro no puede responderle a Cristo con un simple “Sí”. Él ya reconoce que no es el *mayor* de los discípulos, sino el *menor*. Pedro responde: “*Sí, Señor; tú sabes que te amo*”. Pedro ya no se atreve a compararse con los demás, y no dice nada al respecto. Oh, cuando el Señor obra en el corazón y le muestra al pecador su propia caída, él llega a ser el *menor* de todos.

La pregunta se hace a Pedro por la segunda y la tercera vez. En la obra descubridora del Señor, siempre hace una obra completa. Cuantas veces Pedro había negado a Cristo, tantas veces tenía que haber la restauración. Ahora bien, Simón, “*¿me amas?*” Queridos amigos, todo dependía de esta pregunta. El Señor no le pregunta a Simón si tiene lo suficiente conocimiento; eso se consigue al estudiar. El Señor no le pregunta a Simón si ha sido convertido, pues ¿qué es una conversión del pasado sin el amor del presente? Tampoco el Señor le pregunta a Simón si es uno de los elegidos; mucho desean saber la respuesta a esa pregunta, porque piensan que así todo les iría bien.

En cambio, el Señor pregunta para ver si hay *frutos* del árbol, si hay *frutos* de la conversión, y si hay *frutos* de la elección. Y, el fruto de todo esto es el amor; o hay amor a Dios o no lo hay en la vida de cada uno. El Señor pregunta para ver si hay el amor de Pedro, por más que él sea echado fuera para siempre, y por más que él sea o salvo o perdido. “*¿Me amas?*” Amigos, en la vida espiritual *todo* comienza con esta pregunta, y todo termina con la misma pregunta. No se puede pedir más, y no puede haber la vida nueva con menos. Con esta pregunta, “*¿me amas?*”, todas otras cosas ya dejan de ser lo más importantes. Sin el amor, todo nuestro conocimiento, todas nuestras habilidades, y todas nuestras obras no valen nada. Como dice la Palabra de Dios: “*Y tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy*” (1 Cor. 13:2). El que no tenga amor no tiene al Señor; el ser sin amor es ser sin Dios. En fin Dios pregunta por una cosa: el amor: el amor a pesar de la culpa del pecado.

Cuando el Señor le preguntó a Simón por la tercera vez: “*Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?*”, le dolió mucho a Pedro. Tal vez Pedro haya pensado, “¿Será que el Señor ya no acepta mi amor por Él?” O, “¿será posible que no tenga el amor verdadero por Él?” Oh, Pedro ha podido *decir*

que ama a Cristo, pero ¿acaso no pareció al contrario por sus hechos? Amigos, hay un tiempo cuando el Señor pone Su propia obra a la prueba. ¡El oro se purifica precisamente porque *es* oro!

Pedro había podido engañar a la criada portera (Jn 18:17) al negar que conociera a Cristo, pero ahora tiene que ver con el Cristo Omnipotente, porque “*el Dios justo prueba la mente y el corazón*” (Salmos 7:9). Oh Pedro, ¿no te sería mejor simplemente desaparecer? Pues el amor no sólo se habla, sino que se demuestra, y tú tienes todo en tu contra. Consideremos la **respuesta triple** de Pedro en nuestro segundo pensamiento.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Queridos amigos, es precisamente la omnipotencia de Dios que es un consuelo para Pedro. Él no puede comprobar su amor por Cristo, pero sí él puede decir: “*Señor, tú lo sabes todo*”. Tú sabes que Te he negado tres veces. Todo testifica en contra de mí, y he actuado peor que todos los demás, y así merezco una doble porción de Tu ira. Sin embargo, Señor, Tú sabes que a pesar de mi caída grave, aún no he perdido el amor que tengo por Ti. Tú sabes cuán amargamente lloré después de negarte, justamente por causa de mi amor por Ti. Si Tú, Señor, me preguntaras si yo puedo quedar fiel a Ti, o si yo puedo rectificar las cosas, ya sabes que no se puede esperar nada de mí, pues merezco el castigo eterno. Pero Señor, si Tú me preguntas si Te amo, aún tengo que decir que sí, Tú sabes que Te amo”.

Si dos personas hacen una misma acción, no siempre quiere decir que sea lo mismo. Y es así también con el pecar. Hay aquellos que pecan sin tener el amor a Dios en el corazón, y por eso no conocen la *tristeza* por causa del pecado. Hay otros que pecan *a pesar del* amor por Dios, y para aquellos, su caído de nuevo en pecado los *recuerda* del amor de Dios y por Dios, y esto los causa muchas lágrimas amargas. Esto hace que el pecador lamente: “¡Nadie jamás ha cometido tanta maldad contra tanta bondad como he hecho yo!” Oh amigos, el diablo ya no puede usar tales personas en su servicio, ni tampoco en el infierno. El amor verdadero a Dios causa una pena que no puede ser quitada sino por Dios Mismo.

Amigo, ¿cómo están las cosas contigo? ¿Conoces tú esa tristeza por causa del pecado? ¿Te atreverías a decir al Dios Omnipotente: “Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que Te amo”? El Señor sabe cómo es el caso de cada uno, pues es un asunto personal entre tú y Dios. Como ya hemos dicho, la Omnipotencia de Dios es un consuelo para algunos, y un terror para otros.

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Esta pregunta es para pecadores caídos y recaídos. Es una pregunta que tiene que ver con *la vida*, pues la muerte no puede amar a nada ni a nadie. Si tú no puedes dar la respuesta que dio Pedro, amigo mío, ¡entonces todavía faltas todo! Todos hemos pecado, pero la pregunta aquí es: ¿cuál es nuestra condición en cuanto a esto? ¿Nos ha sido causa de tristeza nuestro pecado? ¿O será que tu pecado nunca te haya causado pena? Si es así, amigos, todavía faltamos lo más importante, y todavía estamos muertos.

Amigo no convertido entre nosotros: ¡cuán duro y endurecido eres tú que puedes seguir en tu pecado a pesar de todo lo bueno que Dios te da! El Señor no deja de hacerte bien, y tú no dejas de hacerlo mal. Tú *sí* amas, pero no amas a Dios, sino que amas a ti mismo. Y no es posible amar a Dios y a ti mismo a la vez. Oh, ¡busca el arrepentimiento antes que sea demasiado tarde!

Cuando el Señor comienza a obra con Su amor en el corazón, entonces llega a ser justamente nuestra queja de que estamos *sin* el amor por Dios. Esto puede ser incomprensible, pero es así. Es necesario primeramente aprender que *no* amamos a Dios, sino que Lo odiamos, para que luego podamos aprender a amarlo.

Hijo de Dios entre nosotros, ¡qué lección más importante se encuentra aquí para ti! Que el Señor te guarde de caer en el mismo pecado de Pedro. Sin embargo, que el Señor también te guarde del pecado del orgullo y exaltación de ti mismo que cometía Pedro. Aquel pecado del orgullo también vive en *tu* corazón. Aunque no hayas hecho este pecado con los juramentos que hizo Pedro, ¡cuántas veces niegas tú a Cristo en tus pensamientos, palabras y obras! No lo haces tres veces, sino miles de veces. Por lo tanto, no puedes exaltarte por encima de Pedro, sino que debes ponerte *al lado de* Pedro, pues tú también no puedes hacer nada más que pecado en ti mismo. ¿Algunas veces lo experimentas?

Oh hijo de Dios, ¡nunca te olvides de tu origen! Originalmente tú también eras un “Simón, hijo de Jonás”, hijo de Adán. Y en ti mismo, sigues siendo alguien que niega todo lo que ha hecho Dios en tu alma. Oh, ¡cuántas veces caes de nuevo a tu nombre antiguo! Y, ¿acaso no es mucho peor pecar en contra de la luz de la gracia que has recibido, en cambio del pecado que cometías sin saber quién era Dios?

Tengo una pregunta para los hijos de Dios que caen de nuevo en la reincidencia: ¿quién entre la Iglesia de Dios puede mantenerse sin caer? ¡Sólo consideren a Pedro! Él pensaba que sí se podía mantener. Por eso, esta historia es para que no piensen que ustedes son algo en sí mismo, oh pueblo de Dios. ¿Hay algunos entre nosotros hoy que, por más que haya pasado en la vida de

la gracia, sólo pueden confesar que no pueden hacer más que pecar en sí mismos? ¡Qué milagro es que el Señor no les pida algo de su *propia* justicia! Si así fuera, ustedes serían rechazados para siempre. Sin embargo, si conocen algo de la obra de Dios, entonces cuando el Señor les pregunta si Lo aman, Le responderán con la misma respuesta que dio Pedro. Esto es el amor a Dios, y el amor de Dios por Su pueblo, que hace que el pecador reconozca que merece el infierno. Es sólo el amor que puede humillar a una persona, y con ese amor, el pecador preferiría perecer a los pies de Jesús en cambio de ir adelante sin Dios.

Que quede bien claro esta mañana: esto no es para justificar ni para encubrir el pecado. ¡Al contrario! Si algunos interpretan las palabras de Pedro así, eso quiere decir que jamás han entendido las consecuencias del pecado. Sin embargo, para el verdadero arrepentido, le es un gran consuelo poder desahogarse ante Dios, y apelar a la Omnisciencia de Dios, diciendo con Pedro: “*Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo*”.

De este modo el Señor Jesucristo es glorificado en Su propia obra en el corazón de Pedro, pues demuestra el amor de Dios que “...*ha sido derramado en nuestros corazones*” (Ro. 5:5). Oh, Pedro ama a Cristo sólo porque Cristo primeramente lo ha amado a él. En la misma hora que Pedro juró que no conoció a Cristo en el atrio de Caifás, Cristo también estaba como si fuera haciendo un juramento a Caifás: “Sí, lo conozco a Pedro”. Pues Él tenía que ir hasta la muerte por pecadores como Pedro que Lo negaban.

¿Acaso no te es una fuente de ánimo, pobre pecador entre nosotros? ¡No es *tu* amor por Él, sino *Su* amor por ti! Tú no Lo amabas a Él, sino que Él si te amaba. Allí vemos el milagro, que el Señor conoce a los Suyos, y los ha amado con el amor eterno. Él nunca deja la obra de Sus propias Manos, por más que los Suyos Lo nieguen.

El amor de Pedro por Jesús ahora fue un amor diferente al amor que tenía por Él antes. Ahora Pedro reconoce que *todo* tiene que ser hecho por Jesús, y nada de Pedro. ¡Cuán fiel es el Fiador de Su pueblo, Quien dio hasta Su vida por aquellos que no quisieron conocerlo!

Una vez más: que el Señor nos guarde del pecado de Pedro. No obstante, cuanto más se perdona por Dios, tanto más amor tiene el pecador por Dios. Entonces llega a ser en la vida del hijo de Dios lo que vamos a cantar del **Salterio 203, las estrofas 3, 4 y 5**.

TERCER PUNTO

En nuestro tercer pensamiento, consideremos la **comisión triple** que le fue dada a Pedro.

“Apacienta mis corderos”. Antes, Pedro nunca lo había podido hacer, pues él siempre se puso por encima de los pequeños. Pero ahora Pedro se ha humillado, y él puede ponerse al lado de los pequeños. Cuando los escucha llorar, él puede señalar la comida divina. ¡Cuánto pueden aprender las ovejas de los corderos, porque los corderos siempre son dependientes y cariñosos.

La segunda comisión que recibió Pedro es: *“Pastorea mis ovejas”*. Ahora Pedro lo puede hacer debido a su propia experiencia. Pedro ya puede decir a las ovejas: *“He aquí, Satanás os ha pedido para zarandearos”* (Lucas 22:31), y ahora Pedro los puede encargo al Gran Intercesor, Quien ha orado que no faltara la fe de ellos. Pedro ya puede cuidar a las ovejas para enseñarles a quedarse con el único Pastor, pues ahora él sabe cuán propensos a caer son las ovejas. Él que se había desviado ahora puede cuidar que no se desvíen los demás. Él que había llorado amargamente ya puede consolar a los que lloran.

La tercera comisión que le es dada a Pedro es *“Apacienta a mis ovejas”*. Igual que la vida natural no puede sostenerse sin comida, la vida espiritual también necesita de comida. Los muertos no piden comida, sino los vivos, y desde el primer momento del nacimiento. Con el pueblo de Dios, hay hambre de la justicia, del perdón, de la verdad, del amor, es decir, hay hambre por todo lo que es de Dios. Y, ¿con qué más puede apacentar Pedro a estas ovejas más que con Cristo Jesús y los “pastos” de Su intercesión? Pedro había aprendido que todo es de Cristo, y así él puede enseñar a las ovejas.

El gran milagro de esta comisión triple es que el Señor todavía quisiera usar a Pedro. Pedro nunca lo había esperado; cuando lloró amargamente, esperaba que el Señor nunca más lo usara en Su servicio. Sin embargo, al Señor Le place usar a tales personas, porque solamente uno que ha caído puede entender a otro que ha caído. Es así para todos que tienen cargos en la iglesia: siempre tienen que reconocer que ellos son pecadores caídos, y nunca pueden ni deben ponerse por encima de los que caen. Esto no quiere decir que es necesario caer en pecado; sin embargo, cada uno tiene que recordar que en sí mismo no es más que un pecador caído. Cristo sólo puede usar a aquellos que se ponen *al lado* de los no salvos, y *al lado* de los pequeños en la gracia, porque ellos reconocen quiénes son en sí mismo, y que todo es de Cristo.

¿De Quién viene esta comisión triple? Es de Cristo, el Gran Profeta, Sacerdote y Rey, Quien ha cumplido perfectamente la comisión que Su Padre Le dio. Si Pedro puede hacer algo para Cristo, entonces sólo sería de Cristo. El poder de Dios se perfeccionará en la debilidad de Pedro.

Cuando Pedro está débil, de verdad está fuerte, porque él puede decir con Pablo: “*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*” (Fil. 4:13).

Queridos amigos, este mensaje no sólo pertenece a los que tienen un cargo en la iglesia. ¡No! Este mensaje viene a cada uno de nosotros. Todos hemos sido creados por Dios con el oficio de profeta, para *conocer* a nuestro Creador; como sacerdote, para *servir* a nuestro Creador; y como rey, para *glorificar* a nuestro Creador. Pero, ¿qué hemos hecho con estos oficios? Los hemos dejado con nuestro pecado. Hemos perdido el conocimiento de Dios; entonces ¿cómo podemos hablar bien de Él? Servimos a nosotros mismos, en cambio de servir a Dios. Y en cuanto al oficio de rey, nuestra corona ya se ha perdido en nuestra caída en el Paraíso. Querido amigo, ¿alguna vez has aprendido esto de experiencia propia? ¿Anhelas tú ser restaurado en los oficios con los cuales fuiste creado en el Paraíso? De hecho, es algo de nuestro estado perdido que ni siquiera deseamos estos oficios. Hemos llegado a ser indignos de tener ningún cargo.

Si tú has aprendido esto, amigo mío, todavía hay esperanza por ti. ¿Cómo puede ser posible esto? El Señor emplea las mismas manos que agarraron el árbol prohibido, igual que empleó a Pedro, quien Lo había negado. Oh, en Cristo Jesús tú puedes ser restaurado, y sólo en Él. Y el Señor no tiene un pueblo que no tenga una comisión; Su propia Palabra nos dice: “*Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará*” (Is. 43:21).

Por lo tanto, hijo de Dios, tú tienes una triple comisión: como profeta, para magnificar el Nombre de Dios; como sacerdote, para servir a Dios con todos sus hechos, y como rey, para luchar contra el pecado y conquistar en la fortaleza de Cristo Jesús. Esa es la obligación de gratitud que se debe por la gracia recibida, aunque sea una pequeña “migaja” de la gracia.

Tú no puedes hacer que ocurre esto; pero Cristo ayuda a los que no pueden en sí mismo. Él los sirve a los Suyos como Profeta, con Su sabiduría; como Sacerdote con Su sacrificio, y como Rey con Su omnipotencia, y todo para la salvación eterna de la Iglesia, y para el honor y la gloria de Dios. Amén.